

ODA
POR LA MUERTE DEL
DUQUE DE WELLINGTON



Alfred Tennyson

ODA
POR LA MUERTE DEL DUQUE DE WELLINGTON
de ALFRED TENNYSON

Traducción de JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

Casi veinticinco años han pasado desde que una neblinosa y gélida mañana de Cambridge, en una librería de viejo cerca del Trinity encontré este poema de Tennyson. Días después, sentado junto al puente Sighs, tomé la decisión de traducirlo. No tenía –hace unos meses una refinada *connaissance* me ha hablado de una abisal edición de Cervantes de Barcelona- noticia de que existiera en nuestro idioma. Me interesa su tono, tan alejado –pero tan necesario hoy-. Y, sin duda, la admiración que siempre he sentido por Wellington.

El mayor problema surgió el primero: Es intraducible. Para nuestros oídos suena de cartón piedra, rimbombante, “oficial” –lo que por cierto era “obligación” de Tennyson-. ¿Cómo conseguir una versión cuya lectura pudiera conmovernos, careciendo de la poderosa música de los versos originales; que se mantuviera con un tono actual, o soportablemente actual?.

Después de un mes, lo abandoné. Pero misteriosamente me ha seguido, y con frecuencia, por muchos lugares; y lo mismo el deseo de traducirlo. Hay pasajes escritos en Roma, en Villa Gracia, en Alejandría... Tuve una primera versión hacia 1999. En cuanto lo puse en limpio, la deseché. Hacia 2003 volví a esas páginas, llenas de tachaduras y mis inevitables pedacitos de papel pegados con fixo. Algunas partes –singularmente la VI y la VIII- me presentaban dificultades que convertían el texto en español en aburrimiento. Consulté algunas interpretaciones con mis queridas Txaro Santoro y María Vila, con el excelente Ian Michel y con Michael O’Kane, mi traductor al inglés LA ESCLAVA INSTRUIDA. En 2004 tuve una nueva versión, más aceptable. Pero volví a descartarla. Estuvo seis años durmiendo el sueño de los Justos en el cajón de mi mesa en París. Por fin, en 2010, me propuse terminarlo. Una cuarta y una quinta versión fueron inexorablemente a la papelera, pero ya el poema se decantaba. Un último esfuerzo, continuado, en Enero y Febrero de 2011 –cuando ya me dije: Olvida remilgos; recuerda a Kipling; camina sin miedo (lo que viene a ser aquello que Valery alababa de la magnífica traducción de San Juan de la Cruz por el RP Cyprien de la Nativité: faire naître par une certaine “cause”, “l’effet” produit par une autre “cause”) - ha dado como resultado el que ahora tiene en sus manos. No estoy contento con lo conseguido. Pero espero que despierte el deseo de otros que consigan mejores soluciones.

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

París, Abril de 2011

ALFRED TENNYSON

6 de Agosto de 1909, Somersby, Lincolnshire; cuarto –de las doce- hijo del Rector George Clayton Tennyson y Elizabeth Fytche.

Desde los cinco o seis años lo encontramos ya dedicado con provecho y dicha a la Literatura, tanto como un lector voraz como incipiente poeta. A ese poeta lo golpearía inmensamente la muerte de Byron (1824).

A los diecinueve años es admitido en el Trinity College de Cambridge. Dos años después marcha voluntario con las tropas (liberales) españolas de Torrijos. Su gran amistad desde esos años fue Arthur Henry Hallam. En 1835 visita el legendario país de los Lagos y conoce a sus poetas, relacionándose sobre todo con Wordsworth. En 1842 ya será reconocido por escritores como Dickens, Elizabeth Barrett, Carlyle... Pero también son años de complejos problemas de salud y como consecuencia, precaria situación económica; de la que emerge gracias a que sus amigos consiguen del muy notable sir Robert Peel le sea concedida una pensión de 200 libras anuales.

Mejorando en todos los sentidos, Tennyson dedicará 1846 y 47 a visitar Suiza y a frecuentar Londres donde forma parte de círculos literarios y goza de la amistad de Thackeray, Browning, Coventry Patmore, Eduard FitzGerald, etc.

A los cuarenta y un años contrae matrimonio con Emily Sarah Sellwood, que al parecer no le hizo la vida imposible. Y ese mismo 1850, la gran Reina Victoria lo nombra Poeta Laureado, sucediendo a Wordsworth en las obligaciones poético cortesanas de cantor Imperial.

En 1851 visita Italia, con placer y enriquecimiento cultural. Y en 1853 se retira a la isla de Wight.

Lo nombrarán D.C.L. en Oxford, visitará Gales, Noruega, Portugal, el Sur de Francia, la zona de los Pirineos; recibirá visitas de lectores entusiasmados –entre ellos el aventurero Garibaldi-, viajará por Alemania y llorará la muerte de su madre. En 1883, Gladstone, the grand old man, le ofrece la nobleza: ahora será Lord Tennyson de Eyncourt de Aldworth, con su sitial en la cámara de los Lores. Creo que eso le hizo feliz: era el símbolo de sus propios versos: One life, one flag, one fleet, one throne. Britons, hold your owa. También era el poeta más popular de Inglaterra.

Hay mucho más, obviamente; pero qué más da. Lo más hermoso es que su viejo amor a la lectura, y sobre todo a Shakespeare, no lo abandonará nunca. En sus últimos años no dejó de releerlo, y con CYMBELINE en las manos murió el 6 de Octubre de 1892. Ese CYMBELINE fue enterrado junto a su cuerpo. En Westminster, por supuesto.

Como es lógico, tan larga vida y sus afanes están llenos de páginas, Poesía y prosa. La lista es enorme, pero ya sólo algunos títulos bastarían para que no sea olvidado: sus BALADAS, algunos de los POEMAS de 1838, LA CARGA DE LA BRIGADA LIGERA (en Balaklava), IN MEMORIAN (la de su querido Hallam) que no sólo es ese Crystal Palace of the soul que veía Gosse, sino que modificó el gusto en el discurso de la poesía inglesa, RIZPAH, ULYSSES –por el que yo siento una especial devoción- y, naturalmente, esta ODA EN LA MUERTE DEL DUQUE DE WELLINGTON, que fue su primera obra como Poeta Laureado.

JMA

París, Marzo de 2006

ODA POR LA MUERTE DEL DUQUE DE WELLINGTON

*publicado en 1852

IV

Salve oh tú, el más grande de nosotros.

Ya nunca más hemos de ver

tu mano de soldado saludando en las calles.

En nuestras almas queda la inmensidad de tu leyenda.

Oh amigos, el jefe que nos guiaba ha enmudecido.

Llorad por el hombre de voluntad de hierro

y recto juicio, por su moderación, por su saber,

por nuestro bien que él hizo suyo.

Llorad por el hombre cuyo influjo decisivo

siempre libre estuvo de ambiciones perversas,

engrandeciendo cuanto emprendía,

tan excelente en la prudencia como en la batalla;

el más famoso jefe de su tiempo,

rico en sabiduría y en cordura,

y, cómo sólo los grandes saben serlo,

de una sublime sencillez.

Esa blanca cabeza sabía cómo ha de ser el gobierno de los hombres,

su voz fue agua de la que bebíamos;

ese temple de acero nos mantuvo en el peligro,

y ahora, ahí caída, ved esa torre de fortaleza

que jamás viento alguno se atrevió a doblegar.

Lloremos hoy por hombre tal,

por esa larga vida que fue la nuestra, ahí caída.

Ya no está el que venció al vencedor del Mundo.

V

Todo se ha consumado.

Agradece, oh Inglaterra,
a nuestro Hacedor, por este hijo.

Ya se escuchan los tañidos fúnebres.

Agradeced a nuestro Dios,

y postraos aquí, ante esta cripta,
bajo la luz de oro
que resplandece sobre el río y la ciudad,
donde él para siempre yacerá
entre los héroes que han creado esta nación.
Que nos cubran las enlutadas campanadas,
que este pueblo, reverente,
rodee el negro paño que cubre su ataúd.

Brillan solemnes los blasones.

El funeral comienza.

Arrodillaos.

Oíd el doblar de las campanas
resonando en nuestro corazón de broce fúnebre.

La música de ese dolor se eleva
hasta la cúpula y la cruz de oro donde retumba el eco.
Que el estruendo de los cañones honre esta muerte
como él escuchara su voz de trueno en otros tiempos.

Cuántos años y bajo cuántos cielos
su oído de jefe de hombres escuchó ese tañido
resonando ¡Victoria!, resonando ¡Destino!.
Y siempre que esa voz su alma escuchara
allá lanzose para salvar reyes y reinos;
y cuando esa honda voz nuestro caído capitán
lo alertó del Tirano, acudió a su llamada
y en ese espantoso sonido que le llegaba
penetró purísimo
convirtiéndose, oh naturaleza extraordinaria,
en gloria eterna al campo de batalla.

Oh Musa del Pueblo, el nombre de éste héroe
repítelo por los siglos de los siglos,
custódialo
en los campos infinitos de la Fama,
y que nunca se extingan los ecos de tu canto.

VI

Mirad quién sale a recibirlo, y le honra,
con banderas y música y soldados y sacerdotes,

bajo el llanto de la nación, en el dolor de todos.
Quien fue el mejor de los marinos, quien
fue tan grande sobre los mares como éste en la tierra.
Esta isla lo amó. Fue el marino
más excelente desde que el mundo muévase.
Y es ahora él quien a tu encuentro sale
bajo el apagado sonido de los tambores de luto.
Quien fue Señor de mares recibe
al que fue Señor de la tierra.
Sus enemigos también lo fueron tuyos, y nos salvó su genio.
Oh dale la bienvenida; él es
digno de esta excelsa ceremonia
y merece que seas tú quien lo reciba.

Este Hijo magnífico de Inglaterra
ha sido vencedor en cien batallas
sin dejar morir inútilmente un soldado de sus tropas.
Desde las lejanías de Assaye¹,
donde venció a tantos enemigos
batallando con sus pocos ardientes y resueltos soldados,
hasta estos otros soles
en días más cercanos
cuando salvó a Lisboa, ese último baluarte,
llevando al infinito su afán, sus designios vastos
que abatirían cualquier muralla,

¹ Assaye: aldea de Hyderabad en el Sur de la India. La batalla tuvo lugar el 23 de Septiembre de 1803 entre un combinado de fuerzas bajo Shindhia y el rajah de Berar, y los británicos de Wellington –entonces aún general Wellesley-. La fuerzas hindúes eran 50.000 con cien piezas de artillería servidas por artilleros franceses. Los ingleses eran sobre 4.500.

y donde con tanta grandeza resistió
hasta derrotar al enemigo una vez más
sobre esos asolados campos, como cepas quemadas.
Y cuanto mayor batalla, mayor triunfo,
hasta que los franceses retrocedieron
hacia su territorio; desbandadas de soldados
con sus águilas derrotadas sobre el polvo de los caminos,
pasando otra vez los Pirineos ahora en la derrota
entre alaridos de cornetas y gritos de dolor de los soldados,
rugidos de cañón y chasquido de armas,
vencidos por el poder sabio de Inglaterra.

Y cuando el enemigo de nuevo
alzó sus Águilas y la sombra
de sus alas cubrió de nuevo Europa
y temblaron los tronos de los reyes,
una vez más éste hijo de hierro del Deber
empuñó su espada contra el Gran Ladrón.

Oh jornada

de terribles asaltos.

Los regimientos resistiendo como rocas
las incesantes cargas de la Caballería.
De pronto escúchanse las cornetas de los prusianos
atravesando el aire destrozado por la metralla.
Los cielos se iluminan con resplandor de triunfo.
Nuestras tropas cargan con más furia.
Es la victoria que la mano de Wellington nos entrega

y que sobre los duros espíritus
hace temblar a Waterloo como un terremoto.

Y tú, oh victorioso Nelson siempre verdadero,
puro e insaciable en la victoria,
oh salvador de la isla de plateadas costas,
oh vencedor del Báltico y del Nilo,
si las hazañas de la Tierra tienen eco
en las regiones sagradas del más allá,
si el amor de tu patria puede aún tocarte,
sé dichoso, porque con tus huesos yacerán los de Wellington.
Y por los siglos de los siglos la voz
de nuestro pueblo aclamará,
la voz de nuestro pueblo
será el eco inmenso de la fama de un hombre,
la voz de nuestro pueblo en su alegría,
hasta en las más íntimas, hasta en sus entretenimientos,
cantará grandeza de su gran Jefe
con honor, honor, honor,
dando eterno honor a su nombre.

VII

Voz de la nación. Porque somos una nación.
No somos como esos otros pueblos
sumidos en la discordia y bajo poderes sin Ley.
Gracias a Dios defendidos por mares, y dueños

de esos mares, protegidos por los vientos,
somos una voz, y esa voz agradece
con solemnidad a los grandes hombres
que nos han fortalecido en nuestra libertad.

Nunca abdiquemos, oh Dios, de esas garantías.
Quienes gobernáis, guardadnos, salvad el alma
de Europa, la que aún alienta en Inglaterra;
salvad la simiente de la Libertad
y el lazo que une al pueblo y su antigua Corona.
Que nuestra serena libertad sea una con
la pasión de lealtad por nuestros dignos reyes.
Si salváis esto salvareis a la Humanidad
de ser abatida hasta el polvo
y afirmaremos en el descarnado mundo el paso del Bien,
siendo sangre de esas futuras coronas sanas y justas
que no han de flaquear en negligentes confianzas.

Recordad a quien salvó nuestras sagradas costas
y supo señalarnos en el camino.

Nuestros cañones están hoy enmohecidos,
la voz del Duque no se escucha en nuestro Parlamento,
ya nunca la oiremos. El huracán que tronaba
está en silencio, sus gestos como rayos
se han desvanecido. Recordad todo
lo que nos dijo, el Hombre que habló

sin jamás ofender a la verdad, sirviendo a su hora
sin otro amparo que el de Dios.

Suyos fueron ríos de turbulentas aguas,
llegó hasta el fin del rumoroso mundo;
su vida fue afán, trabajo;
sus palabras eran ordenes y eran el honor.

Nunca al enemigo ofendió de palabra.

Ochenta Inviernos sus blancas nieves dejaron en sus sienes
y jamás la mentira ensució su boca.

El fue nuestro Alfredo,
oh amado Duque, tú eras Inglaterra.

La música que alaba su gloria por alta que suene
siempre será inferior a él.

VIII

El que condujo en estas gloriosas guerras
ahora invicto descansa en su catafalco de gloria.

Valientes de todo el mundo rinden honores
a quien prodigó el Honor todas sus estrellas,
y la afluyente Fortuna, vaciando su cuerno
le regaló sus dones más preciados.

Que lo mejor le espere.
a él que no se preocupó con ambiciones.

Salvó a la salvación y el servicio de la Patria.

Muchas veces en la recia historia de nuestra isla

la senda del deber fue camino de la gloria.

El la fatigó, solo sediento

de lo excelente, apagando

el amor de sí mismo antes de que su viaje terminara.

Y si encontró a su paso espinas hiriéndole,

en rosas purpuras las convirtió más rojas

que todas las voluptuosas rosas del jardín.

Muchas veces en la limpia historia de nuestra hermosa isla

la senda del deber fue el camino de esa gloria.

Él, siempre siguiendo sus órdenes,

le entregó su corazón y la fuerza de su cuerpo.

Como desde una escarpada garganta a la lejana luz se llega,

su senda hacia lo alto escaló siempre venciendo,

hasta los derribados riscos del Deber

cerca de las brillantes mesetas

en las que nuestro Dios es Luna y sol.

Así era él. Su trabajo está hecho.

Pero mientras los pueblos de la humanidad respiren

su gran ejemplo se alzará

colosal, visible en todas las tierras,

y mantendrá al soldado firme, al hombre de Estado, puro,

hasta que en todas las naciones y durante toda la Historia de la Humanidad

la senda del deber sea el camino de la gloria.

Que la tierra cuyos hogares él salvó de la vergüenza,
por muchos, muchos años lo proclamen
en populares y alborozadas pompas y juegos,
y cuando las ciudades flameen largamente iluminadas,
la fama férrea de su siempre leal liderazgo, cante
con honor, honor, honor, honor,
eterno honor a su nombre.

IX

Duerma en paz.

Han de cantarse sus victorias
en lenguas que aún no existen;
las recordarán Veranos que nosotros no conoceremos.
Paz, en este día de dolor
para aquel a cuyas patriarcales rodillas
los niños se abrazan buscando refugio.
Paz, en este día de dolor
por aquel de cuya mano, corazón y cabeza
pendió una vez la suerte y el destino de Europa.
Nuestro dolor es tan grande como su gloria.
No es a la medida humana
lo que pueda abarcar esas emociones.

Y vedle aquí,

bajo esta solemnidad luctuosa e inmensa.
Honremos al que ya jamás tendremos.
Sólo honra a su gloria. Olvidemos

hasta sus batallas, menos grandes
que este dolor. Ante su memoria
que sólo se prosterne nuestra humildad
como hoy en este solemne templo.
Honrémosle mientras se alza
la marea del áureo mar de música
tras el que se pone con el sol de Eternidad.
Nuestros corazones y esperanzas se elevan
sabiendo que quien fue tan grande,
allí donde esté, logrará nuevas victorias
como la que alcanzó en Waterloo,
esa batalla que no olvidará el mundo.

Cuando los inmensos siglos allanen las colinas
y rompa el mar sus orillas, y sabemos
que así será, y en ese eterno movimiento
siga el mundo su paso, lo sintamos
palpitar en torno nuestro, infinitos mundos diferentes,
y la vida se transforme en algo que ni imaginamos,
¿a qué podríamos acogernos más excelente que ese espíritu?
En Dios, el hombre a su semejanza alza sus esperanzas.

Pero silencio.

La Marcha fúnebre gime en el alma de la multitud.

Una masa oscura se mueve y solloza y alza su lamento.

Se abre la tierra, donde dormirá.

Ceniza a las cenizas, polvo al polvo.

La grandeza nos ha dejado

Wellington ha muerto.

Pero el poder y la fuerza
que desató la luz de su valor
que nos hizo seguirle,
vive, y más allá de Todo
deja en sus sienes esa corona más verdadera
que la que pudiera consagrarle cualquier hombre.

Callad ahora. Que su fama brille en el silencio.

Dejad sobre las losas cuanto no sea admiración.

Y que en esta inmensa catedral repose.

Que Dios lo acepte y Cristo lo reciba.